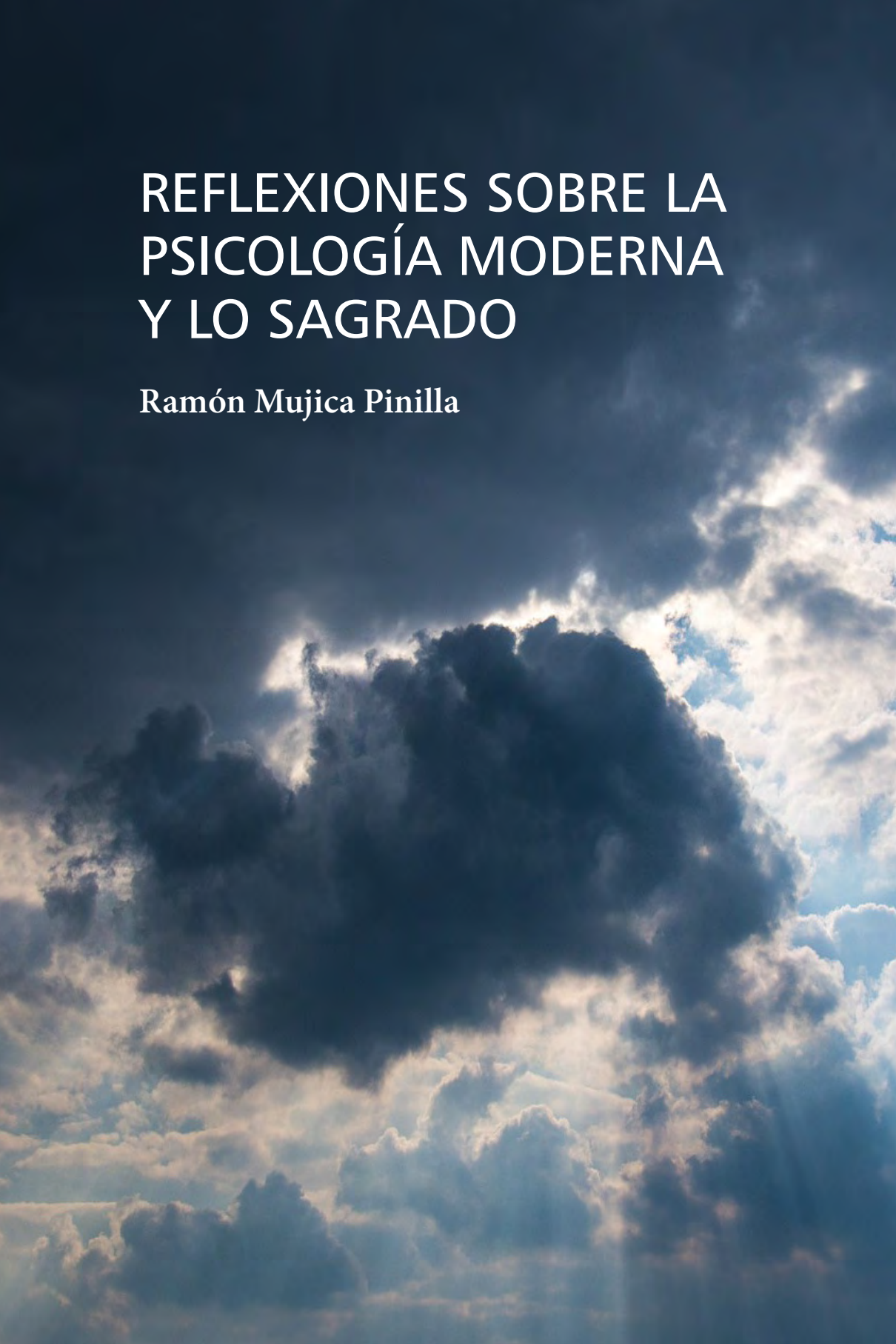


REFLEXIONES SOBRE LA PSICOLOGÍA MODERNA Y LO SAGRADO

Ramón Mujica Pinilla



No cabe duda que Jung fue el gran precursor en Occidente que descubrió y señaló el valor psicológico de varios textos sagrados del Oriente. Fue Jung quien abrió la mente occidental a la sabiduría del Oriente

Es un hecho conocido que prácticamente desde que Sigmund Freud inició el psicoanálisis moderno, se desató en la Europa Occidental un enfrentamiento entre la ciencia y la religión. En teoría, no debería existir un conflicto entre ambas disciplinas; las ciencias empíricas trabajan exclusivamente con el mundo físico que puede ser medido y cuantificado, y al científico tan sólo le corresponde pronunciarse sobre aquello que es verificable y observable con instrumentos científicos. Las herramientas de medición de las ciencias positivas solo están diseñadas para registrar aquello que tiene forma, medida y peso. Nada más. El mundo inmaterial de los valores, de las ideas filosóficas y las verdades certeras de la religión- se escurre como el agua entre las redes de un pescador y no forman parte del mundo físico cuantificable y predecible. La religión, por otro lado, lidia precisamente con aquellos valores y doctrinas atemporales que apelan a la naturaleza espiritual y trascendente del hombre. Es cierto que durante el Renacimiento Italiano –en el siglo XV- se produjo por primera vez en la historia occidental un enfrentamiento entre la ciencia y la religión: Galileo fue condenado por la Inquisición porque sus ideas científicas no concordaban con las concep-

ciones religiosas del momento. Pero el problema era mucho más complejo. Al finalizar la Edad Media e iniciarse el Renacimiento, se produjo el comienzo de la Edad Moderna. Y esto implicó, entre otras cosas, un cambio radical de paradigma cultural: significó abandonar –o mejor aún- quebrar el cosmos sacralizado de la Edad Media para poder estudiar al universo, ya no como una *creación divina* sino como una *gigantesca máquina sin alma*. Decía Thomas Kuhn (1962) en su célebre libro sobre las revoluciones científicas que, en realidad, las ciencias empíricas cíclicamente revisan sus propios paradigmas culturales. Y la historia moderna ha comprobado que en las así llamadas “ciencias positivas” los hechos y las teorías se superponen. Es decir, lo que un hombre ve depende de las teorías y conceptos históricamente provincianos con los que trabaja y que les otorga un significado momentáneo a las cosas, pues después de una revolución científica, “lo que antes de la revolución eran patos en el mundo del científico, se convierten en conejos después” (Kuhn, 1976). Con el cambio de cada paradigma cultural, se redefina también el mundo.

En la Europa Occidental, la tensión entre ciencia y religión reapareció con la

psicología moderna. La razón es obvia. En 1927, Sigmund Freud publicó su célebre libro *El Futuro de una Ilusión* (1927) en el que propuso una suerte de “psicología de las creencias”. Es decir, sin analizar el contenido mismo de las religiones —me refiero a sus doctrinas metafísicas y a sus tecnologías espirituales de meditación— las desechó como meras proyecciones mentales que escondían las ansiedades, inseguridades y terrores inconscientes de la niñez. Estas afloraban en la adultez en la forma de supersticiones religiosas o ilusiones vanas. No es este el momento para profundizar sobre las fuentes intelectuales de Freud. Pero una de ellas fue, sin duda, Charles Darwin. Si la especie humana deriva de ancestros sub-humanos podía deducirse que la mente racional también había “evolucionado” de un rudimento sub-humano o irracional, y que el inconsciente que se escondía debajo de la mente consciente era un sustrato psíquico bestial que constituía su *Id*, o lo que Freud llama, el “núcleo de nuestro ser”.

Esto dio pie, como lo ha señalado Evangelos Cristou —un psicólogo jungiano— a que, después de Freud, una generación entera de psicoterapeutas quedase atrapada en el escrutinio de patologías inconscientes y que terminara por desarrollar una filosofía totalitaria con la que pretendió explicar los más altos valores espirituales de la humanidad como meras desviaciones psicológicas. No podía ser de otro modo. La definición darwinista y evolucionista del inconsciente impidió que la psicología moderna diferenciara entre los contenidos superiores y los inferiores de la mente. Esto lo señalaría Rene Guenon a inicios del siglo XX, cuando aseveró que mientras el psicólogo moderno no diferenciara entre los conteni-

dos superiores e inferiores de la mente, le sería imposible entender los alcances del simbolismo religioso, pues, ya fuese por incompreensión, por ignorancia o por anexar toda experiencia de orden espiritual a un psiquismo inferior, al final del día en el “psicoanálisis” de la religión, todo quedaba falsificado, banalizado y subvertido. Freud compara el descenso al inconsciente con el descenso al *Hades* o el Infierno, y no le faltaba razón. Dante, en su *Divina Comedia* (1472), dice lo mismo. Recorre el *Infierno* con el apoyo de Virgilio que representa para él la Razón Natural y que le permite entender la naturaleza “bestial” de los vicios del alma (*psyche* carnal). El Infierno, no es otra cosa que el catálogo de vicios físicos y mentales que han atrapado al alma y que la han hecho prisionera de sí misma. Es por eso que el Infierno de Dante es una creación humana, no de Dios. En este Infierno, los “castigos eternos” que Dante contempla junto a Virgilio son los propios vicios que han endurecido y cegado al alma, alejándola de todo conocimiento superior. Y para Dante, el peor castigo era permanecer en estas tinieblas, que eran la ausencia de la luz divina. Pero al pasar al Purgatorio y al Paraíso, Virgilio le dice a Dante que no puede seguir siendo su guía. Su razón es limitada y no alcanza ver el resto del camino. No es que no quiera hacerlo, es que la facultad racional y la lógica no están capacitadas para entender lo que está por encima de ellas. Solo pueden analizar las pasiones que están por debajo de ellas. Para ello, Dante recurre primero a Beatriz —que representa a la razón iluminada— y después, al gran místico San Bernardo de Claraval — que tipifica al amor contemplativo, como a sus nuevos guías que ampliaran su visión y comprensión de los niveles superiores de

conciencia. En la psicología freudiana no existe ni el Purgatorio ni el Cielo como estado espiritual y liberador porque tiene como guía exclusivo a Virgilio –a la razón natural- que pretende explicarlo todo con las mismas categorías racionales que utiliza para entender el “subconsciente” inferior, o como la llamarían los teólogos, la parte “demoniaca” del hombre.

Irónicamente, y esto lo trabajó David Bakan hace muchos años, Freud no tomó prestada su idea del “inconsciente” de Darwin, sino de la tradición mística hebrea que él secularizó. Así se explica que, en un inicio, la comunidad científica vienesa rechazara la idea del “inconsciente” de Freud por considerarla no de origen científico, ¡sino religioso! Aseguraba Freud que el psicoanálisis sólo podía haber sido “creado” o “descubierto” por un judío. Y según Bakan, Freud decía esto porque tanto su interés por el contenido sexual de los sueños, como la relación secreta y oral entre el terapeuta y el paciente, provenían de las doctrinas y prácticas de la Cábala Hebrea de la Edad Media. En todo caso, mientras que la idea del inconsciente recién aparece en la Europa Occidental en el siglo XIX, en la India ya se manejaba este concepto desde tiempos anteriores a Jesucristo. Contaba Ananda Kumaraswamy –antiguo curador de arte oriental en el *Boston Museum de Fine Arts*- que, por cada vocablo psicoanalítico moderno en inglés, existían en griego cuatro términos distintos, y en sanscrito, ¡¡¡cuarenta!!! No sorprende que el mapeo de la mente realizado por los maestros de espiritualidad en el mundo antiguo no corresponda con los del hombre contemporáneo. Si existe una sub-conciencia, inevitablemente tendría que existir una conciencia supra-personal

o superior, sobre todo cuando abundan los ejercicios espirituales –una verdadera tecnología espiritual- desarrollada desde hace cientos de años por todas las grandes religiones de la humanidad tales como el judaísmo, el cristianismo, el islam, el hinduismo, el taoísmo y el budismo. Todas, además, pese a sus profundas diferencias doctrinales, coinciden en señalar este mismo fin trascendente. El tema de fondo –para mí- es como hacer para que nuestros nuevos mapeos contemporáneos de la mente puedan corresponder a los esquemas sobre las cuales se fundamentaron estas disciplinas antiguas. La tarea es titánica y requiere de un trabajo histórico de filigrana pues en diversos contextos culturales, un mismo vocablo puede significar cosas completamente distintas.

No cabe duda que Jung fue el gran precursor en Occidente que descubrió y señaló el valor psicológico de varios textos sagrados del Oriente. Fue Jung quien abrió la mente occidental a la sabiduría del Oriente. Sus agudos comentarios introductorios al *Secreto de la Flor Dorada*, al I Ching, al *Libro Tibetano de los Muertos*, al *Libro Tibetano de la Gran Liberación* por no mencionar su prólogo a la *Introducción al Budismo Zen* de Suzuki - o sus propias reflexiones sobre el Kundalini Yoga, abrieron para la Europa Occidental un universo desconocido de categorías mentales y de prácticas de meditación que han permeado nuestra cultura y contribuido al movimiento *New Age*. Jung, y esto hay que decirlo, en todo momento reconoció el carácter provisional de sus conceptos lo que explica las diversas variantes experimentales dentro de su propia escuela. Pero también hay que reconocer que Jung no se libró del paradigma cartesiano occidental introdu-

cido en el siglo por René Descartes. Me refiero a su célebre “dualismo cuerpo-alma” que elimina al Espíritu y a la metafísica como parte del mundo real. A partir de este momento, toda experiencia o iluminación mística será entendida como un fenómeno meramente subjetivo e individual. Jung ratifica esta visión cartesiana de la realidad, esto cuando argumenta que siendo la psique el sujeto y el objeto de su propio estudio, la mente no puede abstraerse más allá de sí misma y por lo tanto tampoco está capacitada para reconocer la existencia de nada que este fuera de sí misma. Es más, toda forma de conocimiento que aparente sobrepasar el plano humano solo podrá interpretarse como una proyección ilusoria de sí misma. Aquí Jung se aleja definitivamente de la psicología tradicional religiosa.

Como en más de una ocasión lo ha mencionado Frithjof Shuon, el cristianismo practicó desde sus orígenes el “examen de conciencia” (cristianismo). El Islam habló de la “ciencia de los pensamientos” (el ilm-el-kawatir) y el Hinduismo de la “investigación de la mente” (vishara). Pero en todas estas tradiciones se asume que la psique –que forma parte del cuerpo o de la cambiante personalidad psicofísica del hombre– no es el verdadero núcleo del Ser. Platón se refiere a ella como “Hombre interior”, Filón Hebreo de Alejandría habla del “alma del alma”. San Pablo reconoce: “Yo, pero no yo, sino el Cristo en mí”. Los escolásticos cristianos hablan de “la sindéresis del corazón” –o del “Intelecto divino” que no debe confundirse con la facultad racional que reside en el corazón. El “ángel de la guarda para algunos jesuitas españoles del siglo XVII era el “verdadero yo

o yo celestial”. Los musulmanes hablan de *Ruah* o de “la cámara del Espíritu Santo”, de la Inteligencia Activa y del Ángel del entendimiento, fuente de inspiración de profetas, filósofos y místicos. También hablan del órgano dormido de la Imaginación activa que contempla el mundo invisible de los ángeles y que hace posible las visiones sobrenaturales y las teofanías que transcurren en un cielo intermedio captado por la mente superior que existe entre un mundo puramente espiritual (in figuras ni formas) y el mundo físico o material. Los hindús hablan de la “fuente de los alientos” o del Atman, entre otros. Para tener acceso a esta instancia luminosa a la mente individual se requiere de un camino o disciplina espiritual – un *Dharma*– en el que se librarán muchas guerras épicas interiores similares a las que Arjuna emprendió a solicitud de Krishna y que están descritas en el *Bhagavad Gita*. Sin ello, sencillamente no se produce la transformación interior (gr. *metanoia*)

Jung –efectivamente– fue el más brillante discípulo de Freud y su crítico más audaz. Él, fue el primero en reconocer el énfasis distorsionado que Freud le da a la sexualidad humana y a su represión. Esto, probablemente provenía del moralismo enfermizo de la sociedad victoriana y burguesa en la que Freud vivió. Así también explica la superficialidad con la que Freud aborda el tema religioso. Jung enmienda esta tarea pendiente dedicándole muchos de sus trabajos más profundos a penetrar el contenido simbólico de los mitos, los sueños y las religiones. Pero al hacerlo se vio obligado a crear nuevas categorías que no pertenecían ni al ámbito de la ciencia ni al de la religión. De Platón, por

ejemplo, Jung toma el concepto de los arquetipos. Pero estos ya no pertenecen a la Mente Divina o al Mundo del Espíritu como en el Mundo Antiguo, sino a un estrato psíquico inferior donde los arquetipos se confunden con los complejos innatos del alma. Jung rescata del cristianismo muchos conceptos, pero para modificar sus alcances. Cristo, es para él, el símbolo máximo del Ser, pero no es el Cristo de la ortodoxia católica sino el Cristo gnóstico asociado a un “cristianismo herético” y marginal, aparecido y rechazado por la Iglesia primitiva. Jung toma la Eucaristía como la representación arquetípica del proceso de individuación. Pero la Comunión no rememora para él la crucifixión de Cristo sino a ritos paganos como los sacrificios humanos de los aztecas o la transmutación de los metales en la alquimia medieval. Incluso los dioses de la mitología griega encarnan –por utilizar la terminología de James Hillman- patologías o enfermedades mentales. Es decir, para Jung, el mundo religioso de los símbolos sagrados no es el fruto de un conocimiento espiritual alcanzado por sabios y santos de la antigüedad. Los símbolos son impulsos instintivos, que mal asimilados, desatan procesos esquizofrénicos capaces de invadir y desintegrar a la propia conciencia humana. Para Jung, la locura ocurre cuando estos contenidos inconscientes de la psique, literalmente, toman “posesión” de la mente consciente. Como científico, Jung sólo se pronuncia sobre la “flora y la fauna” de la psyche, por así decirlo. Se limita a estudiar, no a Dios, sino los efectos que producen las “imágenes de Dios” en la mente como meros agen-

tes o funciones de la psyche. Es más, en la medida que las experiencias de Cristo o de Buda eran “arquetípicas” y pertenecían al “inconsciente colectivo” –o a lo que Jung llamaba la “psique objetiva”- estas experiencias se replicaban en los procesos mentales de sus pacientes al punto que muchos de ellos dibujaban, sin conocer la simbología cristiana o budista, los mismos mandalas simbólicos manejados por los expertos en este arte sagrado tradicional. En parte por todo ello, en la nueva *Enciclopedia Concisa de Religiones Vivientes* de R. C. Zaehner incluye a la psicología jungiana como una nueva religión. Algunos analistas jungianos hablan ahora de su análisis de sueños como una disciplina o sendero espiritual pues gracias a ellos pueden tener las mismas experiencias de Jesús, Buda o Mahoma.

La portentosa y brillante obra de Jung – que cruzó transversalmente las fronteras de la filosofía, la teología, la psicología, la mitología y la antropología- restauró para el Occidente el sentido del asombro y nos legó múltiples inquietudes por trabajar sobre el poder de los símbolos culturales. Pero sus supuestos teóricos no solo requieren ser validados científicamente sino que los expertos en meditación y Yoga tendrán que verificar si el mapeo jungiano de la psique coincide o no con los chacras o canales de energía del cuerpo místico humano comentados por él. También queda por analizar cuáles son esos niveles de conciencia superior tan buscados por las religiones orientales que sencillamente han desaparecido de la sicología occidental.

